
UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

FÁBULA
DE MIRRA

QUE ESCRIBIÓ

D. FERNANDO AFÁN DE RIBERA ENRÍQUEZ

MARQUÉS DE TARIFA

SÁCALA DE NUEVO Á LUZ

el Excmo. Señor

D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza,

Marqués de Jerez de los Caballeros.

SEVILLA

Imp. de E. Rasco, Bustos Tavera 1

MCMIII



FÁBULA DE MIRRA

FÁBULA
DE MIRRA

QUE ESCRIBIÓ

D. FERNANDO AFÁN DE RIBERA ENRÍQUEZ

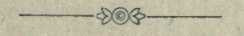
MARQUÉS DE TARIFA

SÁCALA DE NUEVO Á LUZ

el Excmo. Señor

D. Manuel Pérez de Guzmán y Boza,

Marqués de Jerez de los Caballeros.



SEVILLA

Imp. de E. Rasco, Bustos Tavera 1

MCMIII

Tirada de 50 ejemplares.



NOTICIA BIOGRÁFICA

DEL SEXTO MARQUÉS DE TARIFA



o cuando yo quise, sino cuando lo ha permitido el incesante ajetreo de mi vida, he puesto mano en cosa tan de mi gusto como hilvanar algunos renglones para la reimpresión, felizmente ideada por mi ilustre amigo el señor Marqués de Jerez de los Caballeros, de la en todos sentidos gentil *Fábula de Mirra,* que escribió en edad temprana uno de los poetas más simpáticos del Parnaso hispalense.

«Las primicias mejores que en diez y siete años de edad pudo ofrecerte mortal alguno —dijo Salcedo Coronel, por cuyo cuidado se dió á la estampa el lindo poemita—te pro-

pongo con la *Fábula de Mirra,* que escribió Ovidio y dilató en nuestro idioma con iguales números el Excmo. Sr. D. Fernando Afán de Ribera Enríquez, Marqués de Tarifa.» Pues, asimismo, el más estimable favor que un bibliófilo verdaderamente culto podía hacer á las buenas letras, después de haber sacado á luz, entre antiguas y modernas, muy cerca de sesenta obras, muchas de ellas inéditas y de notable mérito (1), era hacer reimprimir este librito, tan raro, que no llegó á verlo Salvá; tanto (y éste sí es grande encarecimiento), que en 1896 decía D. Marcelino Menéndez y Pelayo: «Sólo de nombre conocemos la *Fábula de Myrra,* en octavas, escrita á los diez y siete años por el prócer sevillano D. Fernando Afán de Ribera Enríquez, Marqués de Tarifa..., y así no podemos dar razón ninguna de su mérito» (2).

---

(1) En nota del discurso que leí ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras (3 de enero de 1897) contestando al de recepción del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros enumeré cuarenta y cuatro obras por él publicadas.

(2) *Obras de Lope de Vega, publicadas por la Real Academia Española,* tomo VI, pág. XIX de las Observaciones préliminares. El ejemplar de la *Fábula de Mirra* que ha servido de original para la reimpresión es el que, habiendo pertenecido á D. Bartolomé José Gallardo, fué luego del Sr. Sancho Rayón,

Quede para el eminente crítico esa agradable tarea, ahora que las contadas personas que amamos este linaje de estudios vamos á poseer, gracias á la bondad de otro generoso prócer, sendas copias de la nueva edición de la *Fábula*, y limíteme yo á pergeñar una ligera noticia biográfica de aquel poeta egregio, más comúnmente conocido que por el nombre puesto al frente de su obra, por el de D. Fernando Enríquez de Ribera, como su padre el tercer duque de Alcalá, su abuelo el quinto marqués de Tarifa y su bisabuelo el segundo duque de aquel título, lo cual con frecuencia ha dado lugar á confusiones lamentables (1).

Fácil tarea ha de ser la mía, pues de la vida del ilustre poeta hispalense escribieron

---

y, á su muerte, del Sr. Marqués de Jerez de los Caballeros. Hoy para en la riquísima librería del entendido y opulento hispanófilo Mr. Archer M. Huntington, á quien las buenas letras españolas están debiendo servicios señaladísimos.

(1) Véase mi libro intitulado *Luís Barahona de Soto* (Madrid, 1903), págs. 145-46. Arana de Varflora había caído en error análogo al de Lasso de la Vega, entendiendo que lo que del *Marqués de Tarifa* y de su hijo dice Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*, silva II, alude al tercer Duque de Alcalá y al autor de la *Fábula de Mirra*. No: Lope se refería al cuarto marqués de Tarifa y á su hijo el dicho tercer duque. Para entenderlo así, basta con saber que

Pedro Amador de Lezcano (1), Júdice Fiesco (2), D. Nicolás Antonio (3), D. Fermín Arana de Varflora, ó sea Fr. Fernando de Valderrama (4), y D. Ángel Lasso de la Vega y Argüelles (5), y con aprovecharme de sus noticias, depurándolas y adicionándolas con otras allegadas por mí, daré por cumplido el

---

éste vivía aún en 1630, año en que se publicó el *Laurel de Apolo*. En nuestros días D. Florencio Janer ha confundido lastimosamente al Marqués de Alcalá con su hermano el tercer Duque de Alcalá, creyendo alusivos á éste ciertos sonetos de Quevedo. (*Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo LXIX, pág. 45.)

(1) *Carta que Pedro Amador de lezcano escriuió dando quenta de la uida i muerte del marques de tarifa...*, publicada en el *Archivo Hispalense*, tomo I (1886), págs. 213 y 319. Sacó este documento algunos errores de copia, que he rectificado teniendo á la vista el ms. que sirvió de original (Biblioteca del Sr. Duque de T'Serclaes). Lo que sigue á la incompleta carta (pág. 332) no es del testamento del Marqués de Tarifa, sino del de su padre, contra lo que parece haber entendido el que la dió á la estampa.

(2) *Epítome de la virtuosa y ejemplar vida de D. Fernando Afán de Ribera y Enríquez, sexto Marqués de Tarifa...* (Palermo, 1633). No he logrado ver este libro, y sírvome del ligero extracto que de él hizo Gallardo. (*Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, tomo III, cols. 263-64.)

(3) En su *Bibliotheca Hispana Nova*.

(4) *Hijos de Sevilla ilustres en santidad, letras, armas, artes ó dignidad* (Sevilla, 1791).

(5) *Historia y juicio crítico de la escuela poética sevillana en los siglos XVI y XVII* (Madrid, 1871), pág. 175.

encargo con que tuvo á bien honrarme el señor Marqués de Jerez de los Caballeros.

D. Fernando Afán de Ribera Enríquez, sexto marqués de Tarifa, nació en Sevilla, en el palacio llamado Casa de Pilatos, la noche del 21 de septiembre de 1614. Sus padres, D. Fernando Enríquez de Ribera y D.ª Beatriz de Mora Távora y Corterreal, duques de Alcalá de los Gazules (1), le hicieron bautizar en la iglesia parroquial de San Esteban, á 17 de octubre siguiente (2). Para celebrar su nacimiento y su bautismo se corrieron toros en la Plaza de San Francisco, á virtud de dos acuerdos de la Ciudad (3), por ser el recién nacido primogénito del alguacil mayor de Sevilla, oficio que había entrado en la casa de Alcalá por los años de 1589 (4).

El Duque su padre había sido, desde la

(1) No de Alcalá de Guadaíra, como por equivocación escribió alguna vez D. Luís Fernández-Guerra en su hermoso libro intitulado *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza.*

(2) Matute, *Hijos de Sevilla señalados en santidad, letras, armas, artes ó dignidad* (Sevilla, 1886), tomo I, pág. 301.

(3) Archivo municipal de Sevilla, Actas capitulares, escribanía segunda, cabildos de 22 de septiembre y 13 de octubre de 1614.

(4) V. Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de... Sevilla,* segunda edición, tomo IV, página 144.

niñez, hombre amantísimo de toda suerte de letras; tanto en su palacio de Sevilla como en el de Bornos llegó á juntar muchos y muy buenos libros, comenzando por adquirir los que fueron del Dr. Luciano de Negrón, entre los cuales ya estaban los que habían pertenecido al insigne maestro Ambrosio de Morales. También allegó muchas curiosidades arqueológicas, en cuyo estudio, así como en el de los libros, ejercitaba su buen entendimiento. No fué menor su afición á la pintura y la escultura. «Era su palacio—dice un biógrafo (1)—frecuentado siempre de los más doctos hombres que había en Sevilla y en las demás partes donde estuvo, y las conversaciones que en él se trataban sólo eran disputas y argumentos de letras.» Á la bienhechora sombra de tan buen árbol solían acudir, por cobijarse bien, los autores de libros preparados para la estampa, y en 1595 habíale dedicado el antequerano Fr. Gaspar de los Reyes su *Obra de la Redenpcion;* y el Dr. Juan de Carvajal, en 1600, la *Suma de los nueue mil, y treynta y quatro peligros a que se sujetan los*

(1) *Claros varones en letras, naturales de Sevilla, por D. Diego Ignacio de Góngora, con notas y adiciones de D. Juan Nepomuceno González de León.* (Ms.—Biblioteca Capitular y Colombina.)

naturales, y vezinos de Seuilla; y Juan de la Cueva, en 1606, su *Exemplar poético;* y Jáuregui, al siguiente año, su *Aminta;* y el doctor Alonso Núñez de Llerena, en 1615, su libro *De gutturis et faucium ulceribus anginosis*... Cristóbal de Mesa elogiábale en *La Restauración de España* (1); Claramonte y Corroy, en su *Letanía Moral* (2). Príncipe de tan excelentes cualidades ¿cómo no había de poner especialísimo cuidado en la educación y enseñanza de su primogénito? Y ¿cómo éste, heredero de aquéllas y de las no menos exquisitas de su abuelo, del otro Marqués de Tarifa discípulo del famoso maestro Francisco de Medina y autor, á los diez y seis años, de sonetos como el que figura al frente de las poesías del *divino* Herrera (3) y como el que sacó á luz Ibarra, en el *Encomio de los ingenios sevillanos* (4), no había de lucir lo heredado, primero, en el aprovechamiento con que cursara sus estudios, y después, en cua-

(1) Madrid, Juan de la Cuesta, 1607.

(2) Sevilla, Matías Clavijo, 1612.

(3) *Algunas obras de Fernando de Herrera* (Sevilla, Andrea Pescioni, MDLXXXII).

(4) *Encomio de los ingenios sevillanos. En la fiesta de los Santos Inacio de Loyola, i Francisco Xavier... Por Iuan Antonio de Ibarra...* (Sevilla, Francisco de Lyra, 1623), fol. 2 vto.

lesquiera obras que saliesen de su pluma?

Antes de mediar el año de 1619, y apenas emprendida una interesante polémica entre Francisco de Rioja y el Duque de Alcalá acerca del *Título de la Cruz de Cristo* que el P. Luís del Alcázar había dado para cierta pintura á Francisco Pacheco (1), el dicho Duque fué nombrado virrey de Cataluña. Ya entonces había puesto por ayo del Marqués á D. Juan de Castro y Guzmán, caballero del hábito de Santiago, y poco después le dió por maestro de latinidad y letras humanas á Pedro Amador de Lezcano, adelantando el mozo en sus estudios con tanta rapidez, que á la edad de diez años traducía á Marcial (2) con la misma felicísima disposición con que en la primera juventud su padre había compuesto

(1) Para penetrarse bien de los pormenores de esta curiosa controversia, en la cual tomaron parte además el pintor Pacheco, el magistral de Sevilla don Manuel Sarmiento de Mendoza y otros, se puede ver á Barrera, *Poesías de D. Francisco de Rioja...* (Madrid, Rivadeneyra, 1867), págs. 30-31, 122-24 y 161-62, y á Gallardo, *Ensayo...*, tomo IV, cols. 125-27. En el Archivo municipal de Sevilla, Papeles en folio del Conde del Águila, tomo 63, núm. 13, hay un ejemplar impreso del trabajo del Duque, no sé ahora si de la primera edición, hecha en Sevilla, ó de la segunda, corregida, que se hizo en Barcelona por mayo de 1619.

(2) Véase la nota de la pág. XIV.

y dedicado á su maestro Juan López de Valdés unas *Piæ sententiæ* que se conservan manuscritas en la Biblioteca Nacional (1). Y en tanto que Lope de Vega obsequiaba al Duque con la dedicatoria de sus comedias *La grandeza de Alejandro* y *Lo cierto por lo dudoso* (2) y Faría y Sousa, en 1624, sacaba á luz, dedicándolas al propio magnate, sus *Divinas y humanas flores,* y Rodrigo Caro, después de dirigirle su *Relación de las inscripciones y antigüedad de la Villa de Vtrera* (Osuna, 1622), dedicaba, por segunda mano, á nuestro Marqués de Tarifa sus *Días geniales ó lúdicros* (3), este ilustre mancebo habíase soltado

(1) Ms. Q, 243.

(2) Publicadas, respectivamente, en las *partes diez y seis* y *veinte* de las comedias de Lope (1621 y 1624). El lector curioso puede ver la dedicatoria, muy encomiástica para el Duque, en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, tomo XXIV, pág. 453.

(3) La dedicatoria de este libro, no impreso hasta el año de 1884, en que lo dió á la estampa la Sociedad de Bibliófilos Andaluces, aparece hecha «Á D. *Fadrique* Enríquez Afán de Ribera, Marqués de Tarifa.» Yerro hubo en el nombre, bien que la mala copia de que se sirvió la dicha Sociedad (y que yo había manejado por los años 1881 y 1882 para preparar el tomo I de mis *Cantos populares españoles)* está plagada de groseras incorrecciones. Que el tal libro fué dedicado al autor de la *Fábula de Mirra* pruébase, lo uno, porque en 6 de agosto de 1626,

á componer versos, tan estimables, que nadie imaginara ser obra de un mozo que acababa de mediar el tercer lustro de su vida (1). Por este tiempo (1627), hallándose el Duque en la corte solicitando y esperando algún honroso puesto en que pudiese servir á su

---

fecha de la dedicatoria, éste era el Marqués de Tarifa, y no hubo en todo aquel tiempo ningún D. Fadrique que lo fuese; y lo otro, porque en el cuerpo de la dedicatoria dice el presbítero Juan Caro, aparentando haber sido expuesto el libro: «.... juzgo, según la inclinación y estudios de V. S., que en tan pequeña edad como la de diez años que hoy tiene, ya le puede enseñar erudición á este expósito.» No eran diez, sino cerca de doce los años que entonces tenía el Marqués de Tarifa, pero sólo á éste puede aludirse en esas frases.

(1) D. Fernando de Vera, en su *Panegyrico por la Poesía* (Montilla, Manuel de Payva, 1627), reimpreso á plana y renglón en 1886 á expensas del señor Marqués de Jerez de los Caballeros, elogiaba en estos términos (fol. 51) al Duque de Alcalá y á su padre y á su hijo: «Y boluiendonos a esta edad, y huyendo de la adulacion, tan indina de hombres de bien, a la censura del Duque de Alcalá ¿qué versos Latinos, Toscanos, y Españoles, no pueden rendirse? o quales Españoles, o Latinos, exceden a los que suyos he visto? El Marques de Tarifa su padre, fué excelentissimo Poeta, y hizo sentidissimos versos, y el Marques de Tarifa su hijo, que de diez años traduzia a Marcial, oy los haze dinos de mayor edad que treze años, y de parecer de Seneca, en las flores que de su voluntad la tierra ofrece están las esperanças del fruto que cultiuada lleuará.»

rey (1), concertó y efectuó el casamiento de su primogénito con D.ª Ana de Sandoval y Mendoza, hija de los Condes de Saldaña. De tal matrimonio nació D. Fernando Enríquez de Ribera, que durante su corto vivir tuvo el título de Conde de los Molares, destinado en la casa de Alcalá para los primogénitos de los Marqueses de Tarifa, como éste lo estaba para los inmediatos sucesores de los Duques.

En 1629, el de Alcalá, que cuatro años antes había ido á la Ciudad Eterna por embajador extraordinario á dar la obediencia al pontífice Urbano VIII en nombre del rey de España (2), para la cual solemnidad compu-

---

(1) En carta de 22 de julio de 1626 decía desde Madrid D. Juan Antonio de Vera y Zúñiga al Duque de Alba: «... para el Sr. Cardenal de Borja, Duque de Alcalá, de Feria y Pastrana, no hay más que la Vicecancillería de Aragón...; mire V. E. á cómo caben, pues es de saber que el Marqués de Montes Claros espera también su pedestal.» *(Documentos escogidos del Archivo de la Casa de Alba, publicados por la Duquesa de Berwick y de Alba, Condesa de Siruela* (Madrid, Manuel Tello, 1891), pág. 472.

(2) De esta embajada hay dos curiosas relaciones: la *Jornada de D. Fernando de Ribera Enriquez, duque de Alcalá, á dar la obediencia á la santidad de ...... Urbano VIII ......*, por el Ldo. Pedro de Herrera (Roma, Jerónimo Mascardi, 1625), que cita don Nicolás Antonio, y de la cual posee ejemplar D. José

so una muy notable *Oración gratulatoria,* fué nombrado virrey de Nápoles, adonde partió con su familia, casando allí á su hija doña María con D. Luís de Aragón y Moncada, príncipe de Paternó (1). Luego que el Duque

E. Serrano Morales, docto bibliófilo de Valencia, y la *Relacion de la alegre entrada en pvblico, qve hizo en Roma el Excelente señor... A veynte y siete de Iulio deste año de mil y seyscientos y veynte y cinco.* (Sevilla, Simón Fajardo, 1625), papel que describe Gallardo *(Ensayo...* tomo I, col. 358), y del cual he visto ejemplar en la Biblioteca Capitular y Colombina. La primera de estas relaciones fué publicada como inédita en el *Archivo Hispalense,* tomo I, páginas 50, 92 y 129.

(1) D. García de Salcedo Coronel, que á la sazón era capitán de la guardia del Duque, escribió un epitalamio en estas bodas, y, á su tiempo, para celebrar el nacimiento del primer hijo, un romance, que, aunque fué recitado por el Príncipe de Paternó, es á la par una acción de gracias y un nuevo memorial del buen D. García. El pasaje referente á nuestro Marqués de Tarifa dice así:

Y tú, Mancebo dichoso,
En quien se miran triunfantes
Las glorias de tus Mayores,
Si no excedidas, iguales,
Cuyo soberano ingenio
Pudiera inmortalizarte,
Cuando faltaran en ti
Los méritos de tu sangre,
No desprecies el cuidado
Que festivo comenzaste,
Porque te deban mis dichas
Duplicadas las piedades.

Ambas composiciones fueron publicadas por Salcedo en sus *Cristales de Helicona* (Madrid, 1649), en

llegó á la capítal de aquel reino, hizo ir de Roma, en donde á la sazón residía, al doctor Diego Pérez de Mesa, catedrático que había sido de matemáticas en las universidades de Alcalá y Salamanca, y de quien puede que el mismo prócer hubiese recibido lecciones en Sevilla los últimos años del siglo XVI (1),

donde también puede leerse un vehemente *Panegírico* al Duque de Alcalá, y en él, octavas 28 y siguientes, un hermoso elogio del joven Marqués de Tarifa.

(1) El rondeño Diego Pérez de Mesa pasó en Sevilla algunos años de su agitada vida. He encontrado varias escrituras suyas en el Archivo de protocolos. En 1596, viviendo en la collación de San Román, tomó en arrendamiento, del Dr. Juan de Espinosa, otra casa en la misma collación, calle del Conde de Castellar, cerca de la plaza de la dicha iglesia. (Oficio 1.° Diego de la Barrera, libro 3.° de aquel año, fol. 299.) En cabildo de 4 de marzo de 1597 se dió cuenta de un memorial suyo, que, por ser corto, copiaré íntegramente: «El L.do Messa Catredatico de Mathematicas desta ciudad en servicio de V. sr.a dize que por quanto la Milicia en gran parte es arte perfecta subordinada a las Mathematicas en lo que es fortificacion, sargenteria, y baterias, pareciendole que hara servicio a V. sr.a y prouecho a la Republica se resuelve de leer la disciplina militar dandole V. sr.a licencia para ello, la qual letura hara sin impedimento de la ordinaria de su catreda y de otra estraordinaria que tambien lee todos los dias en servicio de V. sr.a de quien recibira bien y md.—el L.do Diego Perez de messa.» (Archivo Municipal de Sevilla, sección 3.a, tomo V, núm. 30.—Autógrafo.)

para que al lado de tan excelente maestro prosiguiese el Marqués sus estudios científicos, mientras continuaba los de humanidades con Amador de Lezcano, «haciendo (dice éste) algunos ejercicios ó composiciones en latín y en castellano y pasando gran parte de los historiadores y poetas latinos.» También se ejercitaba en la equitación y en las armas, mostrando en todo ello notables aptitudes, así como, ya obtenida la gracia del hábito de Alcántara, para mandar una compañía de infantería española que le encomendó su padre.

Un desagradable suceso vino á eclipsar la buena estrella del Duque, en términos, que jamás volvió á lucir con el brillo que hasta entonces. Á fines del año de 1630 la infanta D.ª María, hermana de Felipe IV, fué á unirse con su esposo Fernando III, rey de Hungría y de Bohemia. Acompañábanla el Duque de Alba y D. Diego de Guzmán, arzobispo de Sevilla. Durante su estancia en el reino de Nápoles hubo entre aquel Duque y el de Alcalá, por puntillos de etiqueta y categoría, enojosas controversias «que serían largas de contar, y aun odiosas—refiere D. Diego Duque de Estrada, que entonces se encontraba en Nápoles—por cuya razón se omiten; basta decir que Su Alteza tuvo entre tantas fiestas

algunos disgustos» (1). Partió la Reina á Alemania á 20 de diciembre del dicho año, y pocos meses después, «llegando á la corte de España quejas en su nombre, vestidas de pasión,» el Virrey fué llamado á Madrid para dar cuenta de su proceder, mandándosele que dejase aquel gobierno en manos del Conde de Monterrey, en tanto que se ajustaban sus cargos (2).

El residenciado no se hizo esperar en la corte: á 14 de mayo de 1631 partió de Nápoles, dejando á su familia y á su servidumbre en la Torre de la ciudad de Caserta, á quince millas de la capital. El Marqués de Tarifa, que ya mandaba un tercio y que en los últimos meses de su estancia en Nápoles, más bien por la perniciosa influencia de las malas compañas que por irresistible impulso de su natural, «había dado algo al tiempo y á la edad de lo que era suyo» (3), se aserenó muy luego en aquella soledad de Caserta, y,

---

(1) *Comentarios del Desengañado, ó sea Vida de D. Diego Duque de Estrada, escrita por él mismo* (tomo XII del *Memorial Histórico Español*, página 331).

(2) V. Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*, tomo IV, pág. 347.

(3) Así, atenuando benévolamente, lo dice Amador de Lezcano.

entrando en cuentas consigo, echó de ver cuán fuera de buen camino había andado; paró mientes en muchas cosas en que no pudo meditar durante la precipitada carrera de su anterior vida, y pensando en los sinsabores que contristaban el generoso espíritu de su padre, y temiendo por él y por su buen nombre, reflexionó sobre la instabilidad de las dichas humanas, á la par que sentía en su alma el amargo dejo de los vanos deleites. La flor comenzaba á transmudarse en fruto.

Entonces, para divertir la melancolía, volvió con ahinco á sus estudios y á sus ejercicios literarios, y, pagando tributo á una general costumbre de los favorecidos de Apolo, acudió á las *Metamorfosis* de Ovidio (1), y buscó, á fin de parafrasearla en verso castellano, alguna interesante fábula que no hu-

(1) Menéndez y Pelayo, después de mencionar á los traductores españoles de las *Metamorfosis*, dice: «Con más fortuna y habilidad que estos traductores totales, la mayor parte de nuestros ingenios del siglo XVI y del siguiente se ejercitaron en dar vestidura castellana á cada una de las innumerables fábulas de Ovidio. Hubo algunas que sirvieron para ejercitar el ingenio de cinco ó seis poetas diversos, y si se reuniesen por orden estas imitaciones, resultaría quizás una paráfrasis completa de las *Metamorfosis*, muy superior á todas las que andan impresas.» *(Obras de Lope de Vega,* tomo VI, antes citado, página XIV de las Observaciones preliminares.)

biese sido traducida y como vinculada por ninguno de nuestros poetas más famosos. Escogió la de Mirra, y con tanto brío púsose á trabajarla, que en solos quince días (1) compuso las ciento cincuenta y dos octavas de que consta. Salcedo Coronel (que pocos meses antes había sido nombrado gobernador de Capua), sabedor de que el Marqués se ocupaba en tan loable tarea, le alentó á proseguirla en una hermosa epístola llena de prudentes consejos, no sin permitirse á la vez alguna delicada alusión á sus pasadas libertades:

Agora que, entre el ocio, más atento,
Miras asegurado en tu *ribera*
De la ciudad el golfo turbulento,
Los pasados naufragios considera,
Y, en amable sosiego entretenido,
Felices horas, gran señor, espera (2).

Y acabada de escribir la *Fábula,* que el Marqués dedicó á su cuñado el Príncipe de Pa-

(1) Dícelo Salcedo Coronel en el prologuito que puso á la *Fábula.*

(2) Fué publicada esta epístola diez y ocho años después que en la *Fábula de Mirra,* en los *Cristales de Helicona,* fols. 44-46 v.to, con este epígrafe: «*Habiéndose retirado á Caserta el Marqués de Tarifa (mientras el Excelentíssimo Duque de Alcalá Virrey de Nápoles vino á España por orden de su Magestad) compuso la Fabula de Mirrha, y sabiéndolo el Autor, le escribió desde un lugar de la jurisdicion de Capua, donde era Gobernador, exhortándole á que se divirtiesse en este y otros exercicios.*»

ternó, ya también Duque de Montalto, Salcedo la hizo imprimir en Nápoles, recogiendo para los preliminares del librito diversas poesías laudatorias, así de algunos autores españoles allí residentes como de otros italianos, socios de la Academia capuana de *I Rapiti,* é insertando suyas la mencionada epístola y una espinela.

En su imitación de la dicha fábula mitológica el Marqués de Tarifa, como era de rigor, va siguiendo parafrásticamente el texto ovidiano, del cual sólo una vez se aparta (sin duda para dar al canto tercero y último igual extensión que á los anteriores), introduciendo en su poema una tropa de bandoleros, los cuales se apoderan de la errante Mirra y dan lugar á varias sangrientas escenas, que acaban con la muerte de un desaforado gigante y con la huída de la incestuosa hija del Rey de Chipre.

Del acierto con que nuestro poeta transfirió en sus sonoras octavas las elegancias de la fábula del Sulmonense, muy de mi grado, si no temiese hacerme prolijo, daría yo aquí una idea al lector, confrontando algunos pasajes, entre ellos el soliloquio de Mirra, que, avasallada por el lascivo amor que tiene á su padre, y espantada, á la par, de su criminal

pasión, lucha en vano consigo propia para contrarrestarla.

Otras obras literarias hubiera producido en aquella apacible soledad de Caserta el garrido ingenio de nuestro joven príncipe, si, acentuándose rápidamente sus inclinaciones religiosas, no las hubiese antepuesto á todo lo demás y dedicádoles casi enteramente sus horas. Á qué se debiera este súbito cambio no es cosa bien averiguada. «Dicen que en este tiempo—refiere Amador de Lezcano (1)—saliendo el Marqués á cauallo con una escopeta atrauesada al arçon, corriendo el cauallo, que era desbocado, se metió por una puerta tan angosta, que no pudiendo entrar por ella por impedirlo la escopeta, la caja della se rompió, i el cañon, hecho un arco, quedó ceñido al cuerpo, i el Marqués, firme en la silla, pasó sin lesion alguna. Generalmente, todos lo atribuieron á milagro; mas yo no querria que los suçesos cuios effetos se deben a causas naturales los hiçiessemos luego milagros. Sé tambien que el Marqués era un virtuosissimo cauallero i que Dios *est mirabilis in sanctis suis.*»

---

(1) Carta suya antes citada *(Archivo Hispalense*, tomo I, pág. 219).

Comenzando por hacer confesión general, que duró ocho días, con un religioso capuchino, acudió asiduamente á los ejercicios que se practicaban en el convento de esta orden, y, poco después, fundó en cierta ermita, situada á un tiro de piedra de la Torre, una congregación de la cual formaron parte el Príncipe de Paternó, diversos criados de ambos próceres y algunos eclesiásticos, «siendo el Marqués el primero que daba principio á la diciplina, oraçion y mortificaçion.»

Entretanto, el Duque de Alcalá, demostrados patentemente el acierto y la corrección de su proceder en lo del recibimiento y estancia en Nápoles de la Reina de Hungría, residía en la ciudad de Guadalajara, «deseándose ocasión de satisfacer como se debía á su punto y decoro, ofendido en la acelerada resolución de llamarlo, y dióla adecuada el juramento del príncipe D. Baltasar Carlos, que se celebró en Madrid á 7 de marzo de 1632.» En tan solemne acto «recibió el juramento y homenaje á grandes y procuradores el Duque de Alcalá, para esto llamado, y honrado por el Rey con singulares demostraciones», y poco después regresó á Italia, nombrado virrey de Sicilia, pero reteniendo el título de virrey de Nápoles, y con palabra de

restitución para cuando acabase su tiempo el Conde de Monterrey (1).

Dirigiéndose á Palermo con el Duque su padre, y como se detuviesen algunos días en Mesina, el Marqués prosiguió en esta ciudad sus loables estudios y sus virtuosas prácticas de ayunos, oración y penitencia, huyendo cuanto le era posible de todo trato con el mundo, y especialmente del fausto y la ostentación de los señores, cuyas visitas eludía, «asi las que le haçian como las que él auia de haçer, dando con esto ocasion a los que no sauian la causa de su retiro que le tuuiesen por esquiuo.» Los académicos que se llamaban *Caballeros de la Estrella* «le eligieron por su príncipe, i en el poco tiempo que estuvo allí mostró bien el gran talento que Dios le auia dado; asistia á sus juntas, haçiendo lo que le tocaua, con gran aprouacion de todos» (2).

Bien se echa de ver por este ligero relato que la fe de nuestro biografiado no era la *fides sine operibus* de que habla el apóstol y

(1) Ortiz de Zúñiga, *Anales de Sevilla*, tomo IV, pág. 351.

(2) Carta de Amador de Lezcano, de la cual seguiré extractando las noticias del Marqués de Tarifa, hasta su muerte, ya que no he podido haber á las manos el librito de Júdice Fiesco.

que, por desdicha, abunda como la mala hierba, sino la Fe viva: la fiel compañera de la sonriente Esperanza, que siempre confía en la divina misericordia, y de la ardiente Caridad, toda amor á Dios y á sus criaturas y por cuya nobilísima abnegación más duelen los males ajenos que no los propios.

Llegados á Palermo, el Marqués, que en Mesina había pertenecido á la congregación de *los azules,* se inscribió en la de *los blancos,* que tenían, como aquéllos, por instituto el ayudar á bien morir á los condenados á la última pena. «Acudía el Marqués á esta obra pía con grandísimo fervor i puntualidad, tanto, que con su ejemplo animaba á los demás hermanos..., i los condenados se alentaban lo que el trance tan riguroso en que se uian permitia, en verle á su lado, i que el que los animaua era un gran señor, hijo de un Virrey. Tal vez sucedió quedarse toda la noche aiudando á bien morir á un condenado á quien el confessor auia impuesto por penitençia una diçiplina de un quarto de hora.»

Dando elocuentes muestras de ejemplarísima piedad, y siendo, por ventura, el dechado de que, tiempo adelante, otro sevillano digno de perpetua memoria, D. Miguel Mañara, aprendiera su inagotable caridad para

con los pobres y enfermos, fundó en la iglesia de Nuestra Señora de Stria la congregación del Refugio, con los mismos estatutos de la que había en Madrid; y aunque, como su hermano mayor, estaba exento de algunas penosas obligaciones, «nunca dejó de rondar á pie, recogiendo los pobres que topaba en las calles i plaças; lleuándolos en sillas que para eso lleuaba consigo; metiéndolos él mismo en ellas con grandissimo amor i caridad; compadeciéndose de su mal; llegándolos a sí sin apartarse un punto dellos hasta dejallos en el hospital adonde se curaban semejantes enfermedades»; y aun dijeron por cierto á Amador de Lezcano, y éste lo refiere, que, pasando cierto día el Marqués, en silla de manos, con mucha servidumbre, por la calle más principal de Palermo, «vió un pobre llagado tendido en el suelo, i compadecido de verle, se llegó á él i le dijo: ¿Cómo estás assi, auiendo tantos hospitales en que te pudieras recoger?» Y muy luego, «apiadado de su miseria, se salió de su silla, i, abrazado con su pobre, le metió en ella i le llevó al hospital, adonde él mismo le lavó los pies; i, pareçiéndole que aquella acçion le auia causado algun asco, se forçó á si mesmo i con aquella agua se labó la cara, i, abraçándole, le besó las llagas, co-

sa bien digna de admiraçion en un señor tan moço, i que se auia criado en tanta grandeza i regalo, en que mostró bien lo mucho que tenía de Dios.»

Todas sus prácticas eran como del autor de acción tan meritoria: repartía entre los pobres lo que el Duque le tenía situado cada mes y todos los jueves daba de comer en su cuarto á trece de ellos, lavándoles los pies por sí mismo, sirviéndoles después en la mesa, y, acabada la comida, dando á cada cual su limosna. Apartaba de la mala vida á muchas mujeres públicas, primero exhortándolas á que dejasen de ofender á Dios algunos días que les señalaba, y á las que veía enmendadas hacíalas entrar en las Arrepentidas, sin dejar de acudir á su amparo. En el convento de San José, de padres teatinos, fundó una congregación secreta, con reglas por él mismo ordenadas y que aprobó el cardenal Doria, arzobispo de Palermo. De su tiempo no le quedaba un instante ocioso: tal lo tenía distribuído. Pasaba tres y aun cuatro horas cada día en oración mental. «Mortificaua sus carnes con aiunos, continua diciplina i algunos çiliçios, de que tenía muchas differencias; estaua grande espacio de tiempo con los braços en cruz, en memoria de lo que Christo nuestro Dios

estuvo en la suya; examinaua todas las noches su conçiençia.» Y en cuanto á breves ratos de honesto pasatiempo, permitíaselos nuestro Marqués: iluminaba algunas estampas devotas, tocaba algún instrumento músico, salía al campo á pie ó á caballo, y no dejaba de asistir en una academia panormitana de que era presidente.

Por tan buenos principios se puede imaginar adónde habría llegado en virtudes y en letras el sexto Marqués de Tarifa si viviese largo tiempo. Pero fué breve su vida terrena: escogido por Dios para sí, y purificada el alma en ejercicios tan loables, llevóselo amorosamente cuando apenas había cumplido los diez y nueve años. El viernes 11 de noviembre de 1633, regresando con su padre de un convento de frailes benitos distante de Palermo seis millas, se sintió con fiebre, que le postró en el lecho y que no le faltó hasta su muerte, acaecida el sábado de la siguiente semana.

Tres años y medio después moría en Vilack el tercer Duque de Alcalá, rodeado de nieves y llena el alma de melancolía, y dos años más tarde los restos del padre y del hijo fueron traídos á Sevilla para sepultarlos en el monasterio de Santa María de las Cuevas,

Juan Antonio de Herrera, secretario del uno y amigo del otro, al ver juntos sus cadáveres, debió de recordar tristemente el verso con que él mismo había rematado el epitafio del Duque en su provisional sepultura de Alemania:

HVC ILLVC CVRRAS, VNICA META MORI.

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

Sevilla, 1903.

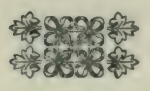


FÁBULA
DE MIRRA

ESCRITA
por el Excellentísimo Señor D. Fernando
Afán de Ribera Enríquez, Marqués
de Tarifa.

Dedicada al Excellentiss. Señor
D. LUIS DE ARAGÓN Y MONCADA
Príncipe de Paterno y Duque de Montalto.

Hecha dar á la estampa
por D. García de Salcedo Coronel, Caballe-
rizo del Serenísimo Infante Cardenal,
Gobernador de Capua por su
MAJESTAD

Año  de 1631.

En Nápoles, por Lázaro Scorigio. 1631.

Con licenza de los Superiores.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON LUÍS DE ARAGÓN

Y MONCADA

PRÍNCIPE DE PATERNO

y Duque de Montalto.

Ofrezco á V. E. la *Fábula de Mirra*, no porque su modesta juventud necesite de ejemplos que la aseguren, sino porque el ocio de la aldea le parezca menor. La soledad es favorable á las musas, y por ventura fué ésta la ocasión de haber yo escrito los versos que dedico á V. E.: merezcan por primeros el aplauso que pareciera en otros lisonja, que algún día aspirará al pre-

mio sin otra circunstancia que haberlo merecido; pues aunque la Naturaleza hace sólo al poeta, ninguno me negará que el Arte le perficiona. Entonces cantaré más dignamente las grandezas de V. E., cuya persona guarde Dios como deseo. Caserta, á primero de Julio 1631.

D. GARCÍA DE SALCEDO
CORONEL

Caballerizo del Serenísimo Infante Cardenal, y Gobernador de Capua por su Majestad.

AL LECTOR

Las *primicias mejores, lector amigo, que en diez y siete años de edad pudo ofrecerte mortal ingenio te propongo en la* Fábula de Mirra, *que escribió Ovidio, y dilató en nuestro idioma con iguales números el Excmo. Sr. D. Fernando Afán de Ribera Enríquez, Marqués de Tarifa. Conocerás, no sin grande admiración, la fuerza de un natural glorioso; pues sin haberse perficionado en el ejercicio que requiere esta profesión, puede competir con el que más celebró la antigüedad. ¿Quién comenzó tan altamente? ¿Cuáles versos merecieron al principio la gloria que consiguió el sudor en estudiosas vigilias? Los rudimentos de los antiguos poetas, cuyas obras veneramos, apenas dieron lugar á que la invidia los decorase, y así no podrás parangonarlos con éstos: pero en los modernos escritores hallarás cuán difícilmente se comien-*

za acertando. El gran Torcato Tasso, noble esplendor de la vulgar poesía toscana, compuso en su juventud el Reinaldo, *poema desigualísimo á la grandeza del que años después admiró el mundo, de la* Jerusalén, *digo,* libertada, *cuya memoria, aunque caduquen las edades, vivirá eterna en la mortal estimación. ¿Qué fruto, pues, esperaremos de quien ha escrito con tanto decoro en sus primeros años esta fábula, y no en más dilatado espacio que el de quince días? Yo á lo menos (confesarélo, aunque con invidia) pronostico á España en este gran señor otro Virgilio, otro Tasso, para que no tenga que invidiar á nación alguna. Leyendo este poema, y habiendo examinado la virtud estudiosa deste Príncipe, me acordé de Claudiano, que en el Prefacio del 3. libro de* Laudibus Stiliconis *dice:*

Gaudet enim virtus testes sibi jungere musas.
Carmen amat quisquis carmine digna gerit.

Porque ningún señor he visto más aficionado á esta profesión de la Poesía, ni más digno de ser alabado en ella por su virtud y grandeza. Vale.

DEL MISMO

D. GARCÍA CORONEL

Al Excmo. Marqués de Tarifa,
estando en su retiro de Caserta, cuando
escribía esta *Fábula de Mirra*.

EPÍSTOLA

AGORA que, entre el ocio, más atento
Miras asegurado en tu RIBERA
De la ciudad el golfo turbulento,

Los pasados naufragios considera,
Y, en amable sosiego entretenido,
Felices horas, gran señor, espera.

No muere, aunque á los hombres escondido,
El heroico valor que victorioso
Triunfa en las soledades del olvido.

Mejor que en el dosel majestuoso,
Descansa la virtud en la llaneza
Del verdadero rústico reposo.

No digo que impedida la grandeza
El uso niegue que en real decoro
Venera agradecida la nobleza:

Que de la suerte que sin culto el oro
No resplandece, y encubierto yace
Inútilmente aun el mayor tesoro,

Así la gloria, que inmortal renace
De prudentes acciones, enflaquece
Si al deseo mortal no satisface.

Mientras propicio el hado no te ofrece
Ocasión en que pueda tu cuidado
Asegurar el premio que merece,

Las horas que numeras agraviado
De sus rigores dispensar procura
En menores fatigas ocupado.

Cuando las sombras de la noche obscura
Clarifique el planeta refulgente,
Y el monte ciña de su luz más pura,

Deja el mórbido lecho diligente,
Y con leve ejercicio solicita
Robustas fuerzas y salud valiente;

Y cuando fácil tu sudor compita
Con el blando rocío de la Aurora,
Los breves pasos próvido limita:

Vuelve á tu casa, y el descanso adora
Entre los brazos de tu esposa amada,
Que enjugará tu frente vencedora.

Después, mientras en mesa regalada
Te previenen espléndidos manjares,
Huye la ociosidad desordenada;

Y en quïetud ociosa los pesares
Redime que propone á tu deseo
La dura ausencia del que sulca mares.

Los libros sean tu mayor empleo,
Cuya muda elocuencia aun la porfía
Convence del más bruto devaneo.

Si el que produce luminoso el día
Inspirare á tu pecho sus furores,
Tus números excedan su harmonía.

Canta de un ciego padre los amores,
Que originaron tristemente el llanto
Que dió á Pancaya célebres honores.

Revivirán en tu sonoro canto,
Para ejemplo de bárbara torpeza,
Claras noticias de infelice espanto.

Lisonjeada luego tu grandeza,
Con próvido sustento restituye
Á tu sér la común naturaleza.

Pero no ofendas tu salud; rehuye
El exceso de platos diferentes,
Que las fuerzas más sólidas destruye.

Tus criados repitan diligentes,
Con bacanal aplauso, el licor puro,
Abreviado en cristales transparentes.

Después al Cielo, que te dió seguro
El bien, incierto á tantos, solicita
Con ruego humilde que te dé el futuro,

Y si el sueño tus miembros debilita,
Por breve tiempo en su piadosa mano
Las diurnas fatigas deposita.

Cuando vibrare el sol menos insano,
El vital fuego de sus rayos de oro
Declinando veloz al Oceano,

Visitar puedes con mayor decoro
Estas campañas, donde apenas miro
Igual ejemplo al que infelice lloro.

En vano hallar á mi dolor aspiro
Consuelo, aunque, por tierra derribados,
Bronces contemplo y mármores admiro.

Aquí, donde los muros levantados
De aquella antigua Capua florecieron,
Otro siglo, de estrellas coronados,

Donde gloriosos fines consiguieron
Cuantos felicemente á su riqueza
Los ambiciosos pasos dirigieron,

Aquí donde la heroica fortaleza
Con igual premio se admiró aplaudida,
Y en aras venerada la belleza,

De rústicos arados confundida
La alta memoria, apenas las señales
Se miran de su luz esclarecida;

Y donde preciosísimos metales
Expendió noble afán, cuidado rudo
Tardas espigas coge desiguales.

De aquel primero resplandor desnudo
Este desierto, en vez de aclamaciones,
Quejas repite en su silencio mudo.

No ya de generosas atenciones
Dignos objetos liberal ofrece,
Que dieron al amor tantos blasones.

Agreste fiera los horrores crece
Al caminante, que, piadoso, en vano
Con su llanto las piedras humedece.

Yace el dorado techo, donde ufano
Miró lisonjeada el poderoso
Su noble estirpe de ingeniosa mano;

El templo que adornó supersticioso
Afecto, á su deidad agradecido,
Grosero pie lo huella licencioso;

Y el simulacro ilustre, repetido
Sagradamente en fervoroso ruego,
Entre la yerba yace dividido.

Así, al error de las edades ciego,
Fenece la grandeza populosa
Envuelta en sombras de infeliz sosiego.

Todo pierde su luz majestuosa,
Y solamente vive mi cuidado
Con suerte más cruel cuando piadosa.

¡Oh dura ley! ¡Oh miserable estado!
¿Caducan las ciudades, y una vida
Puede vencer los ímpetus del hado?

¿Pero qué mucho, si resiste unida
Á la belleza que venero ausente
El golpe de su fuerza embravecida?

Que, como, de sus rayos dependiente,
Gozo la luz de mis prolijos años,
No puede escurecerla mi acidente.

Mas ¿dónde me conduce por engaños
El áspero dolor de mis pasiones,
Con la tierna memoria de mis daños?

Perdona si entre propias confusiones,
Generoso Marqués, torció mi pluma
De su primer discurso las razones;

Que algún día no es mucho que presuma
Satisfacer en más heroico empleo
De tus grandezas la infinita suma,
Dando inmortal renombre á mi deseo.

Del mismo, al Excelentísimo Marqués de Tarifa, en su fábula de *Mirra*.

De *suerte, señor, cantáis*
Un desengaño de amor,
Que no respira el temor
Y á la virtud alentáis.
Dichoso vos, que alcanzáis
En edad poco segura
Cuanto el más cuerdo procura;
Pero ¿qué mucho, si veo
Que sabe vuestro deseo
Fabricar esta ventura?

De D. Fernando Palomares, al Autor.

JOVEN *dichoso que, con años tiernos,*
Eternas dais al mundo admiraciones,
Ultraje grande de ínclitos varones,
Si ya no emulación de los paternos,
Hoy, nuevo Orfeo, rinden los avernos
Á vuestro canto largas suspensiones,
Tanto que, aligeradas sus pasiones,
No juzgan sus tormentos por eternos.
Vuestra lira, Marqués, invidia Apolo,
Y el mundo la venera en desengaños:
Vuela la Fama de uno al otro Polo,
Diciendo que podéis en pocos años
Competiros, Marqués, vos con vos solo,
Pues les dais alma á los que son engaños.

Don Sebastián de Acosta y Pereira,
Caballero del Hábito de San Juan,
al Excmo. Sr. Marqués de Tarifa.

SONETO

HÉROE *justo, hija torpe enamorada*
Con delito de amor no conocido,
Que, aunque naturalmente cometido,
Naturaleza le lloró engañada;
Él, culpado inocente; ella, culpada
En padre con efectos de marido;
Uno, en sus mismos gustos ofendido,
Otra, por causa dellos castigada,
Cantas, señor, y son moralidades
Lo que allá incesto, que éste el padre ignora:
Mirra por él padece penas tantas.
Consagrados quedáis á eternidades;
Que ella eterna será por lo que llora
Y tú eterno serás por lo que cantas.

De D. Mateo de Andrade, al Autor.

En *la Mirra que cantáis,*
Marqués, con tanta destreza,
Vencer la naturaleza
Á fuerza de arte intentáis.
Agudamente imitáis
De la abeja los primores:
Pues si ella de amargas flores
Hace miel dulce y suave,
También vuestro ingenio sabe
Dar á lo amargo dulzores.

Vincenzo Zito, detto l' Infiammato nella Academia de i Rapiti di Capua, All' Autore.

CONTENDEVAN *più Cigni il verde alloro*
Ove Hippocrene inargentato il piede
Muove, e l' Aonto stuolo in alta sede
Stava ascoltando i dolci accenti loro,
Quando d' Iberia un Cigno più canoro
A cui chiara virtude il Ciel concede
Cantò di Mirra, e a lui 'l gran pregio diede
De l' alti frondi l' Apollineo choro.
O fortunato, o sua felice sorte,
Ch' ebbe (fra gli altri) si sublime ingegno
Di superar l' oblio, vincer la morte.
E ben poteva senza alcun retegno
Giungere a pie de le tartaree porte
Placar col canto il tenebroso Regno.

Sonetto del Dottor Lorenzo Stellato, detto l' Infocato nell' Academia de' Rapiti di Capua, in lode dell' Autore.

CINTO *di mille raggi il carro aurato*
Febo spingea, nel cerchio suo lucente,
Quando ecco a un suono s' arrestò repente,
Quasi da Maga Tessala incantato.
Era un pastor, che ne l' Iberia nato
Piangea con versi si soavemente
Mirra già trasformata in Oriente,
Ch' un sasso per pietà saria spezzato.
Bagnossi alhor l' ardenti gote il Sole
Di pianto, e a poco, l' auree fiamme estinse,
E le rime ammirò leggiadre e sole:
Dal collo poi la propria lira scinse:
«Questa, disse, sia tua»; e con tai parole
Sforzò i destrieri, e la quadriga spinse.

Sonnet du mesme à l' Autheur.

DE TON *entendement la grande hautesse*
Peut ceste belle Myrre demonstrer,
Faisant par tout le monde resonner,
Que Pallas est ta amye et ta maistresse.
Son grand bruit Orfhee desia delaisse,
Qui en ta comparaison ne sca chanter;
Ta plume le lecteur fait estonner,
Coulant sur le papier tant de sagesse.
De Phebus compagnon entre les Dieux
La sphere de ce siecle est allumee
De les rayons sortants de tes beaux feux,
Vive sera tousiours ta renommee,
Car vive tu as mettu de dans les cieux
La mere de l' amy de Citheree.

Ejusdem ad eundem, Hexasticon.

HÆC LYRA *Martis erit, Mirrhæ quæ pandit amores*
Atque epicum referet buccina facta melos.
Et sua cantabit fortassis mille trophea
Dux aget hic armis, arma poeta canet.
O Mars, o Musæ geminas prætexite lauros
Armati vatis et gladio, et calamo.

Del mismo en el proprio sujeto, al Sr. D. García Salcedo Coronel.

Hermoso un cisne veo por aire á vuelo,
Que desenvuelto al cielo se levanta;
Ni le puedo alcanzar: que se adelanta
Siempre más alto, y yo por bajo vuelo.
Con ronca voz yo voy rayendo el suelo;
Subido él, dulce tiempla su garganta,
Y Mirra, en mirra trasformada, canta
Tan bien, que mirra en sus acentos huelo.
García, tú, cuyo ingenio al mundo admira,
Mientras que yo le escucho, espanto y callo,
También conmigo callarás con ira:
Pues si éste es de Parnaso un tierno tallo,
Y todo á sí el vigor de Apolo tira,
¿Qué quedará á nosotros más que un rayo?

Del Doglioso, Academico Rapito.

BELLONA, *e Febo insieme uniti parmi*
Veder nel volto tuo Principe Ibero,
Che l' una informi l' animo guerrero,
E di ferro la destra, e 'l petto t' armi:
L' altro che in dolci, e amorosi carmi
Formi Idoli d' amore al tuo pensiero,
Che deposta la lira in suono altero
Canti de gli avi tuoi le glorie, e l' armi.
Parche n' orni il valor de la tua mano
Ne li campi del Ciel tesse Bellona
Di vittorie, e trofei serto sourano.
Tesse d' allori colti in Elicona,
Perche n' orni 'l tuo crin gran vate Ispano
Febo di propria man nobil corona.

FÁBULA
DE MIRRA

DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

MARQUÉS DE TARIFA

CANTO un varón que en la mayor flaqueza
Ejecutó lo que el valor dictaba,
Y desechó la paternal terneza
Cuando vió que su hija le infamaba,
No consintiendo que en igual bajeza
Tuviese fuerza del Amor la aljaba;
Antes, venciendo juntos dos amores,
Fué ejemplo á valerosos amadores.

Cruel suceso es, y así querría
Que ni padres ni hijas me escucharan,
Y si alguno lo viese con porfía,
Creyéndolo, supiese en lo que paran
Los que al vicio se dan con demasía,
Y en el más torpe y bajo no reparan;
Para que pueda en tan nefando hecho
Sacarse de mi canto algún provecho.

¡Oh musa! pues que es hoy la vez primera
Que pido tu favor, tu ayuda invoco:
Haz que mi canto diga en qué manera
Hace el valor tener la vida en poco.
Describiré una hija que quisiera
Morir por excusar un amor loco,
Y un padre que, sabiendo un caso feo,
La venganza tomó con el deseo.

Y tú, querido hermano, atento advierte
Mis rudos versos y mi pobre vena,
Porque, llegando á edad madura y fuerte,
Cuando solo tu nombre cause pena
Al Turco, más seguro de la muerte
(Pues son efetos de la fama buena),
Conozcas si mis fuerzas son bastantes
Para alabarte en versos elegantes.

Yace en el mar Egeo, hacia el Oriente,
Una isla fértil, abundante, amena,
Templada entre lo frío y lo caliente,
De varias flores y animales llena,
Donde el soberbio Tauro alza la frente;
Donde el Nilo famoso sulca arena;
Tiene á Rodas enfrente, y á Soría,
Y á la fértil Cilicia al Mediodía.

Esta es la tierra que á la Diosa bella
Hija del agua y madre de Cupido
Tanto agradó, que, por estar en ella,
Su esfera celestial puso en olvido;
Y, hermoseada con su blanca huella,
Con el más puro cielo ha competido,
Y tuvo aquí, con inmortal ejemplo,
Su imagen celestial famoso templo.

Gobernaba esta tierra un desdichado
Rey, que, á no tener hijos, por dichoso
En todo el mundo fuera celebrado:
Cinaras se llamaba, hijo hermoso
Del que amor ablandó, mármol helado,
Y de Sencreidas estimado esposo;
Mirra su hija era: ¡oh hado injusto,
Que siempre mezclas con dolor el gusto!

Gozaba Mirra de la primavera
Que aún no dieciséis años la ofrecían,
Edad en que á menudo se apodera
Amor de las que en él locas confían;
Con ser tan bella, tan discreta era,
Que talle, cara y gracia competían,
Y, en mirando sus ojos con cuidado,
Ninguno se asentó de aprisionado.

Un color rojo y blanco bien mezclado
Se muestra en sus mejillas confundido;
Es de azucena y púrpura formado,
Y adonde el uno falta, otro ha crecido;
La ventaja á la rosa el lilio ha dado
Alguna vez, y alguna la ha vencido;
Aquí la blanca nieve vence al fuego,
Y allí se unen grana y leche luego.

Sirve el cabello de prisión dorada
Á los que por su dicha la miraron,
Y la frente, lustrosa y bien cuadrada,
Era diamante, de quien luz tomaron
El Sol, la Luna, el Alba plateada,
Y los planetas resplandor hurtaron;
Tiene Cupido en ella su asistencia,
Porque es el tribunal donde sentencia.

Los dos hermosos ojos solamente
Con el verde color, viva esperanza,
Cuyos rayos, que alumbran lisa frente,
Dan al luciente Sol desconfianza,
Ó cuando nace bello en el Oriente,
Ó cuando el signo de León alcanza;
Y tienen tal fulgor sus luces bellas,
Que, siendo dos, igualan las estrellas.

De los radiantes ojos nace luego
Línea de marfil cándido formada,
Que, aunque nieve en color, en hechos fuego,
Olor presta á la rosa delicada;
Y más abajo tiene el Niño ciego
Su erario puesto en caja venerada,
Donde ostenta un clavel, que se divisa,
Breve puerta á la voz, gracia á la risa.

Llegaba á tanto extremo su belleza,
Que los mayores príncipes de Oriente
Estimaban en poco su grandeza
Careciendo de bien tan excelente;
Y, usando de las armas con fiereza,
Ninguno á otro pretender consiente.
¡Oh, si entre tantos le agradase alguno,
Exceptuando solamente á uno!

¡Oh desdicha cruel, que siempre vienes
Acompañando la belleza ingrata,
Y todo tu poder y gusto tienes
En dar la muerte á quien á todos mata!
Mirra, que á tantos príncipes desdenes
Hizo, hoy se muestra á injusto amor tan grata,
Que, llevada del duro y triste hado,
De su padre, infeliz, se ha enamorado.

Verdad es que repugna cuanto es justo
Con la imaginación de amor tan feo,
Y dudando de sí que entregue el gusto
Á pensar en tan loco devaneo,
Desesperada dice: «¡Oh cielo injusto!
Deja que entienda yo lo que deseo,
Porque si no lo haces, y lo hiciere,
Culpa tuya será, si malo fuere.

»¿Ardo, ó no ardo? ¿Cuál es la que siento,
Puesta en el corazón, extraña flecha?
¿Es llama acaso...? Nó, que con el viento
De mis suspiros ya estaría deshecha:
Pero más cierto es que sea tormento...
Mas nó, que causa gusto aun la sospecha...
Gusto no puede ser, pues que me abrasa
Y, penetrante, el corazón me pasa.

»Pues si no es alegría, ni tristeza,
Será vano furor; será locura...
Mas no es loca quien teme su flaqueza;
Que el temer tal peligro es gran cordura:
Debe de ser amor... Mas nó, que empieza
Con lo que acaba amor cuando más dura.
¿Qué será, pues, lo que el vivir me quita?
Ó es pensamiento, ó cosa que le imita.

»Y si aquesto es pensar, ¿para qué pienso
En lo que es fuerza que me cause daño?
Porque si el proprio mal pienso y repienso,
Vuelvo siempre á pensar con nuevo engaño.
Y ¿por qué alguna tregua no dispenso
Á pensamiento tan cruel y extraño?
Aunque, si pienso, no es la culpa mía,
Sino de la obstinada fantasía.

»Culpa tuviera yo, si amar pensase;
Pero no pienso amar, antes desamo...
Mas ¿no es lo proprio que si desease
Amar, si pienso siempre en lo que amo...?
No amo, nó; mas ¿qué sería si amase?
Yo no sé más de que en pensar me inflamo.
No desamo, ni amo. ¡Ay! ¡Vacilante,
Huyo de amar, no amo, y soy amante!

»¿Amo, ó no amo...? ¡Ay, que amor es fuego
Que abrasa cuanto topa, y yo me enfrío!
Luego no amo... ¡Ay, que siento luego
Llama que me deshace, y desconfío!
¡Ay, que es fuego! ¡ay, que es yelo! ¡ay, que me anego
Donde para matarme hay fuego y frío!
Prodigios grandes del rapaz aleve,
Que yela ardores abrasando nieve.

»Luego ¿yo juntamente yelo y ardo,
Y muerta estoy en tan cruel empresa...?
La herida siento, y no conozco el dardo;
No hallo la cadena, aunque estoy presa:
Disgusto tengo cuando gusto aguardo,
Y de estar disgustada no me pesa;
Si aquesta suspensión es amorosa,
En mi vida sentí más dulce cosa.

»Dulce cosa es amor; mas ¿cuál debría
Fructo esperar en pretensión tan loca?
Yo ni espero consuelo ni alegría;
¿Luego es vano el amor que me provoca?
No ames, corazón, tan vil porfía;
La sentencia que Amor te dió revoca.
Mas ¿á quién hablo cuando sin él quedo?
Y si me falta, ¿cómo vivir puedo?

»Yo vivo cuando muero: triste suerte,
No tener corazón teniendo pena,
Dejar la vida y no sentir la muerte;
¡Ay, que es crueldad de todo dios ajena!
Ó se ha hecho el corazón del alma fuerte,
Ó es ella quien al corazón condena,
Ó la saeta da, que así me trata,
Una herida mortal, aunque no mata.

»Aunque no muerta, con mortal herida
Pasado el corazón entregué insana
Al que me dió la muerte con la vida,
Y al que me dió el veneno en la manzana.
¡Oh maravilla extraña y nunca oída:
Que estoy sin corazón enferma y sana,
Y, por virtud del hombre á quien más quiero,
Estando siempre viva, siempre muero!

»Mas ¿dónde me ha llevado el pensamiento?
¿Por qué al mayor remedio no he acudido?
Y ¿por qué, en tal congoja, en tal tormento,
Á Venus celestial favor no pido,
Porque corrija tal atrevimiento,
Y el castigo le dé á mi amor debido...?
Mas ¿cómo lo ha de hacer, si le parece
Que el incesto mayor premio merece?

»Por su causa los rudos animales
Viven con alegría juntamente;
Padres y hijos todos son iguales,
Y ninguno se aparta por pariente.
¡Dichosa tú, becerra, que te vales
Del campo con alegre y tierna frente,
Donde te está aguardando el toro hermoso,
Que, siendo padre, te sirvió de esposo!

»Desdichada nací, pues me ha engendrado
Quien me ha dado la muerte por ser mío,
Y por estar más cerca se ha alejado,
Y de poder gozalle desconfío.
¡Ay, que mi amor no espera ser premiado,
Pues cuanto más le acerco, le desvío!
Ya, pues no puedo más, he de gozarle
Con mirarle, besarle y abrazarle.

»Mas si los dioses ven las intenciones,
¿Cómo me he de atrever á consolarme
Con tan desatinadas pretensiones?
Supuesto que de nadie he de fiarme,
Y serán tan notadas mis acciones,
¿Qué disculpa después ha de bastarme,
Si llegase á saberse que he querido
Dar el lugar al padre del marido?»

Calló, y la noche ya subido había
El primer escalón del horizonte,
Y ya del triste cóncavo salía
El duro habitador de Flegetonte,
Y entre interrotas nubes se veía
La mitad de la Luna sobre un monte,
Tan bella como puede estar en Delo,
Que antes de tiempo plateaba el suelo,

Cuando Cinaras, padre cuidadoso,
Viendo que era de tantos pretendida,
Quiso para elegirle augusto esposo
Tomar resolución con su querida
Hija, y, estando desto deseoso,
En su aposento entró, dándole vida,
Y le propuso grandes casamientos,
Con juventud y con merecimientos.

Ella callaba, sin quitar los ojos
De su querido padre, que le hablaba,
Y, gozando de amor tales despojos,
El llanto de los ojos le faltaba;
Y el Rey, creyendo que le daba enojos
Su mucha honestidad, la regalaba,
Y, abrazándola tierno, la decía:
«¡No llores más, querida hija mía!»

Mirra, que estaba ya más consolada,
De haber gozado un rato de su pecho,
Y viéndose del Rey tan apretada
Á que elija marido, á su despecho,
Le respondió con voz medio turbada:
«Ya que has querido que en mi casto lecho
La libertad entregue al escogido,
Yo le quisiera á ti muy parecido.»

Mas el Rey, no entendiendo que había hablad
Por lo que le dictó su atrevimiento,
Le dijo: «Nunca más me has agradado
Que agora en tan honesto encogimiento.»
Y con esto se fué regocijado,
Y ella quedó con justo sentimiento:
Porque el pecado, en ocasiones tales,
Al alma comunica las señales.

Ya Febo estaba en la más baja parte
Que llega con su curso luminoso:
En aquel punto que divide y parte
Con igualdad el hemisferio umbroso,
Cuando el sueño apacible se reparte
En el más viligante y cuidadoso;
Pero la enfermedad que á Mirra enferma
Ni deja que despierte, ni que duerma.

Hallábase entre tantas confusiones
Oprimida de un mal cruel y grave,
Rodeada de varias ilusiones:
Ya le es fiero el amor, y ya suave;
Ya no puede huir de sus prisiones,
Ni áun cómo ha de buscar remedio sabe:
No halla modo en tan contraria suerte,
Ni descanso mayor que el de la muerte.

Deja el mórbido lecho, y se levanta,
Abriendo con despecho una ventana;
Y buscando remedio á infamia tanta,
Se le dió presto con su luz Diana,
Y una cuerda encontró, que la garganta
Tiñó violenta de purpúrea grana;
Y, queriendo morir, de aquesta suerte
Dijo: «¡Adiós, padre, causa de mi muerte!»

Ó ya fuese el afecto, reducido
Á trance tan cruel y duro aprieto,
Ó ya quel hado hubiese permitido
Que más viviese, por fatal decreto,
Al despedirse dió tan gran gemido,
Que resonó por el palacio quieto,
Y Alinda, que era su ama y su criada,
Se levantó, al rumor alborotada.

Salió con turbación de su retrete,
Que cerca estaba, á ver lo que ha pasado;
Derribada halló junto á un bufete
Á Mirra, con el rostro ya morado;
Con ligereza corre, y arremete
Para aflojar el lazo, que apretado
De tal manera estaba, que no pudo
En grande rato desatar el nudo.

Deshízolo, llorando amargamente
Y rasgando la ropa que traía;
Mas consolóse viéndola caliente,
Evidente señal de que vivía;
En los brazos la coge diligente,
Y la lleva á la cama en que dormía,
Donde, con los remedios que introdujo,
Á su primer estado la redujo.

Cuando, abriendo los ojos, vió á su ama,
Temblar la hizo el vergonzoso hecho,
Y, temiendo que sepa lo que ama,
Se quisiera ocultar dentro del lecho;
El dolor disimula que la infama,
Y esconde los suspiros en el pecho;
Mas ¿quién puede encubrir de amor el fuego,
Si con llama feroz se muestra luego?

Bien conoció la vieja en el semblante
Que era Cupido causa destos males;
Mas por saber quién fuese aquel amante
Que le daba ocasión á extremos tales,
De sus pasiones se mostró ignorante,
Y, jurando á los Dioses inmortales
Darla su ayuda en cuanto la dijere,
La pregunta la causa por que muere.

Mas no bastó decirla que haría
Venir al que quisiese á su aposento,
Aunque fuese en mitad del claro día,
Ni que la llevaría por el viento
Al Oriente, al Ocaso, pues podía,
Como si fuese el sólido elemento,
Para que no estuviese sorda y muda,
Despreciando el consejo con la ayuda.

Pregúntale: «¿Por dicha no te han dado
Marido cual tu gusto lo pedía,
Ó tiene otro cautivo tu cuidado?
La fortuna, hasta agora, no es impía,
Pues que á tu padre y madre ha conservado;»
Y entonces suspiró con alegría.
La vieja no acertó la cierta causa,
Mas que era amor le demostró la pausa.

Y dijo: «El corazón tu mal declara;
El hablar de los ojos mal se enfrena;
Y de la historia de tu llama cara
Tu hermosa frente es ya pública scena,
Donde refiere Amor con lengua clara
La tragedia cruel de tu gran pena.
¿Qué te vale negar, si he conocido
La causa y la razón que te ha movido?

»Dí el áspero dolor que te atormenta;
No quieras que, callándolo, se aumente:
Porque el silencio, á veces, lo acrecienta,
Y diciendo su mal sana el doliente;
Cuando la herida está fresca y sangrienta
Se puede remediar ligeramente;
Mas con largo trabajo se apacigua
Mal detenido y cicatriz antigua.

»Y si es acaso Amor quien te ha herido,
Como yo pienso, dame dello parte;
Que, teniendo el trabajo repartido,
Podrás conmigo á ratos consolarte.
No entregues la esperanza al triste olvido;
Que los campos de Amor son de tal arte,
Quel árbol más amargo el fructo acoge,
Y, sembrado dolor, gusto recoge.

»No temas, si me fías tu cuidado,
Que llegue el Rey tu padre á saber nada.»
Mirra, en oyendo nombre tan amado,
De vergüenza se puso colorada;
Y habiendo breve rato sosegado,
El lecho hizo temblar, desesperada,
Y dijo airada: «Véte, véte luego;
Dejá que me consuma con mi fuego.

»Apártate al momento, si has de darme
Con pesadas preguntas triste muerte,
Pues no sirve de nada el preguntarme
Lo que es maldad que á responder acierte;
Si piensas con halagos engañarme,
Para que te declare mi cruel suerte,
No has de poder con tu elocuencia loca
Sacarme una palabra de la boca.»

Tembló la triste vieja habiendo oído
Palabras que le causan gran espanto,
Y, atónita, turbada y sin sentido,
No acertaba la causa de mal tanto;
Y, echándose á sus pies, «Sólo te pido
—Dijo—aquesta merced, por todo cuanto
Te he servido; y si no, á tu padre cuento
Tu desesperación y atrevimiento.»

Ella entonces, temiéndose que diga
El cruel disparate que había hecho,
Descansó con el llanto su fatiga,
Y en lágrimas bañó del ama el pecho;
Mas cuando el miedo á comenzar la obliga,
Vergüenza la detiene, á su despecho.
Al fin dijo, tapándose la cara:
«¡Oh, quién como mi madre se casara!»

Apenas pronunció tan cruel sentencia,
Cuando el rostro encendido se demuda
Y pálido se vuelve con violencia;
Quisiera hablar, pero la tiene muda
El gusano mordaz de la consciencia;
Y aunque al atrevimiento pide ayuda,
Para tan gran maldad darle no pudo;
Mas por señas habló el semblante mudo.

FIN DEL CANTO PRIMERO

CANTO SEGUNDO

Conoció Alinda entonces su talento,
Y, viendo que es amor quien la aniquila,
«Si arden—dijo—en el frígido elemento
Por Cimothoe Tritón, Glauco por Scila,
Y siguen en el no sujeto viento
Céfiro á Cloris, Bóreas á Orithila,
No me espanto que llegue así á rendirle;
Mas bien sería intentar el persuadirle.

»La más pequeña mancha vitupera
La mayor calidad, la más altiva,
Y un punto hace que del todo muera
Fama inmortal, si con justicia es viva.
Hija es de la verdad la verdadera
Gloria, nó del placer prenda lasciva:
Con aquesta hay honor, y honra sin daño,
Y aquél produce con vergüenza engaño.

»¿Qué insania tus deseos ha alentado?
¿Qué has de hacer, de tu padre enamorada,
Y que, demás de serlo, está casado
Con quien parió mujer tan desdichada?
¿Quién esperanzas á tu amor ha dado?
Pues ninguna estará en razón fundada.
Cierto que tu locura me lastima,
Pues mueres de un amor que no se estima.

»Y si tu padre, viendo tu hermosura
Perturbada con tristes suspensiones,
Y en gualda convertida tu blancura,
Reconociese el mal por las acciones,
¿Quién duda que castigue tu locura
(Mira bien el peligro en que te pones)
Y que dé pena á tu execrable intento
Que ofrezca á las edades escarmiento?»

Cual peregrino que en obscuro valle
Mueve nocturno y mal seguro pie,
Haciendo obscura niebla, en que se halle
Vecino al precipicio, que no ve,
Si relámpago presto en alumbralle
Breve antorcha, si grande esplendor fué,
Vuelve con paso tímido y turbado,
Huyendo el riesgo, al viaje comenzado,

Así el hablar honesto y entendido
De la vieja ha turbado á Mirra el pecho,
Que, habiendo el real camino ya perdido,
Llegaba al precipicio con despecho.
Vuelta en sí del relámpago encendido,
Torció el paso á viaje más derecho:
Ya conoce el pecado, y á la vieja
Agradece lo bien que la aconseja.

Mas la envidiosa Venus, que la exhorta,
De contrario licor templa el ungüento,
Y con más dulce medicina aporta
Refrigerio al ardor, tregua al tormento:
Ya esperanza le da, ya la conforta,
Ya totalmente muda el pensamiento:
Que el amor en presteza excede al rayo;
Al fin, cayendo, la ocupó un desmayo.

Y viéndola mortal, descolorida,
Comenzó el ama á hacer extremos tales:
«¡Oh triste! ¡Nunca yo fuera nacida,
Ó estuviera en las sombras infernales,
Pues con mi enojo le quité la vida,
Y mucho la apreté contra sus males!
Quiero ayudarla, aunque el castigo lleve
Que merecí por hecho tan aleve.»

Comiénzale á decir: «Para qué tanto
Te afliges y apasionas, yo no entiendo,
Pues hermosa naciste, y todo cuanto
Pide el arbitrio tienes en queriendo.
Si, pudiendo reir, te das al llanto,
No mereces piedad: véte muriendo,
Pues temes la influencia de tu estrella,
Siendo tan sabia yo como tú bella.

»¿Piensas, acaso, tú que la aspereza
Un mozo tan gallardo y sabio precie,
Que, pintándole yo inmortal belleza,
Lisonjera promesa así desprecie,
Y no más presto que con gran fineza
Tan gran tesoro, como debe, aprecie,
Y que, viendo é ignorando tu semblante,
No tenga por gran suerte ser tu amante?»

Era ya la estación que el Can, rabioso,
Fuego exhala y, ladrando, el aire abrasa,
Y seca por el campo caluroso
La flor, la yerba y la corriente escasa
Del arroyuelo, que huye presuroso,
Y el pastor de la cueva forma casa
Mientras alumbra Febo el signo rojo
Que fué de Alcides principal despojo.

Celebrábase entonces la gran fiesta
Á la de las espigas diosa, Ceres,
Y, aunque era junto grave como honesta,
Porque sólo matronas y mujeres
De grande calidad cuanto modesta
La celebraban, varios pareceres
Trujeron mucha gente, que venía
Ya por amor y ya por valentía.

Vienen al templo de cualquiera tierra,
Del Gange al Betis, del Tanai al Nilo;
Viene cualquier nación que el orbe encierra,
Navegando con gusto el mar tranquilo;
Nueve veces Apolo se destierra
Mientras dura la fiesta (antiguo estilo),
Y en el sagrado tiempo referido
Ninguna puede estar con su marido.

La isla, toda ya en ciudad conversa,
Se ve poblada de extranjera gente;
La mixtura de trajes tan diversa,
Y los varios acentos juntamente
Del español, del moro, trace y persa,
Demuestran ser de tierra diferente;
Y el aire llenan, quitan el sentido,
La variedad de lenguas y el ruido.

Y ya del estrellado y real palacio
Sale Venus, del Sol embajadora,
Y en el paterno espejo de topacio
Toda de rojo minio se colora;
Ya pálida se huye con espacio
La perezosa noche del Aurora,
Y llora que la vencen los albores;
Mas con su triste llanto ríen las flores.

En la real ciudad edificado
Está en el medio el templo sumptuoso,
Con tal arquitectura fabricado,
Que excede aquel de Efeso tan famoso;
La entrada y escaleras, de manchado
Jaspe, le hacen parecer hermoso;
Los tejados, que vibran esplendores,
Son de la luz del sol imitadores.

Los pórticos en torno, el atrio, el coro,
Son labrados al uso de Corinto;
De las columnas, con real decoro,
El orden en hileras va distinto;
Son de alabastro, guarnecidas de oro;
Divídelas espacio bien succinto,
Y la pared, no menos bien labrada,
Está de pario mármol aforrada.

Tiene sola una luz hacia el Poniente,
De pórfido precioso guarnecida,
Y las puertas, de cedro permanente,
Que adorna y cubre plata bien bruñida;
La cerradura es de oro reluciente,
Y los quicios que impiden su caída,
Y tiene por umbral desestimado
Finísimo balax medio quebrado.

Encima del remate de la puerta
Tiene varias figuras relevadas,
Y les da su valor forma tan cierta,
Con acciones distintas y ordenadas,
Que el que mira la historia nunca acierta
Si naturales son, ó son labradas;
Y alguna hay tan perfecta, que se admira
Quien la ve, imaginando que respira.

Obra es del que, por feo aborrecido,
Cayó del cielo, ya escultor, ya herrero,
Que aquí labró con su buril pulido
La diosa que inventó el trigo primero;
Etna humear se ve con triste ruido,
Y Mongibelo, con incendio fiero:
Con carbuncos formó humo perfeto,
Y con finos rubíes fuego inquieto.

Mírase allá por la campaña amiga,
Toda cubierta de la mies dorada,
Relucir oro y ondear la espiga
Que acabó de sembrar mano sagrada,
Y hace que, callando, Ceres diga:
«¡Oh Trinacria famosa, siempre amada,
Séame fiel custodia tu terreno
De la prenda que dejo en tu almo seno!»

Vese venir con dulce compañía
La doncella real por la campaña,
Cogiendo, con exceso de alegría,
Las verdes flores que el rocío baña;
En mirando una flor, luego se abría,
Por ser cogida en dicha tan extraña:
No pintaran mejor Apeles, Zeusi,
La hija de la gran Diosa de Eleusi.

Mas ya se abre de la tierra el muro
Con rumor triste y repentino ruido,
Y en el carro se ve veloz, si obscuro,
Plutón, armado y de furor vestido,
Que, habiendo de salir al aire puro,
No se atrevió á venir desprevenido;
Huyen las ninfas; roba á Proserpina,
Que amargamente llora su ruina.

Ya Ceres vuelve triste y afligida,
Y, arrancando con rabia un par de pinos,
Los encendió, por ver si la perdida
Hija puede hallar por los caminos.
Parece que está hablando dolorida;
Y el carro es hecho de diamantes finos,
Y de dos esmeraldas transparentes
Al vivo están formadas dos serpientes.

Enfrente de la puerta se levanta
Un grande altar, tan rico y adornado,
Que su riqueza y compostura espanta;
Y encima dél se ostenta, relevado,
Un cuadro de la Diosa, y entre tanta
Lámpara de oro está, que ser mirado
Apenas puede, y tiene por los lados
Gran número de votos consagrados.

Por dar autoridad á tanta fiesta,
Y el ejemplo debido á las matronas,
Su devoción la Reina manifiesta,
Que excede en ella á las demás personas:
Al templo acude, bella como honesta,
Que es lo que más conviene á las coronas;
Mas entretanto ¡oh desdichada madre!
Su infame hija goza de su padre.

El ama, vieja diestra en el oficio,
Al Rey habla, y le dice desta suerte:
«Si quieres recebir un beneficio,
El mayor que en mi vida pude hacerte,
Dá de tu gala verdadero indicio;
Porque esta noche tengo de traerte,
Pues da lugar la Reina mi señora,
La más bella mujer que Febo dora.»

El Rey, que es mozo, en ocasión tan buena
Mal resiste de amor la flecha ardiente;
Que rara vez el apetito enfrena
Un mozo poderoso; al fin consiente,
Y manda prevenir grandiosa cena
Con todos los olores del Oriente;
Bebe el vino más fuerte y regalado,
Que fué la causa de tan gran pecado.

Parte la vieja, alegre y arrogante,
Con nuevas tan alegres y propicias;
Entra en el cuarto de la triste amante,
Y con gusto le pide las albricias,
Diciendo: «Ya has vencido en un instante
Lo que há tan largo tiempo que cudicias.»
Ella hace locuras de contento;
Mas un cuerdo temor le da tormento.

No me espanto que tenga la alegría
Lugar en un delito tan extraño,
Porque el Rey era tal, que me holgaría
Poder pintarlo con igual tamaño.
Pero no bastará la musa mía
Á contar su belleza sin engaño,
Si Apolo no me da de la corriente
Que hace el ingenio culto y floreciente.

Muéstranse en la del rostro blanca meta
De una serena aurora los albores,
Y siguen, agraviando al gran planeta,
De dos soles los claros esplendores,
En cuya luz, que rayos vibra inquieta,
Causa el zafir doblados los ardores;
Rubio el cabello, pende con decoro,
Y son sus cejas dos alfanjes de oro.

Enmedio destos soles, relevada
Línea se ve de helada leche pura,
Con buena proporción, poco curvada,
Que aumenta más donaire á su blancura;
Con muros de coral está guardada
La riqueza mayor de su hermosura.
Al fin, no tiene parte en que no exceda
Con ella sola á lo demás que queda.

Ya Febo estaba medio sumergido,
Y su mórbida luz con poca vida;
El campo estaba casi obscurecido;
La esfera celestial descolorida;
Con el sudor el pelo humedecido,
Solicitaban la veloz caída,
Los prados deseando occidentales,
Los ardientes caballos inmortales,

Cuando, por mitigar dolor tan fuerte,
Parten las dos adonde el Rey dormía.
Mirra medio desnuda va, de suerte
Llena de olores que la Arabia cría,
Que al más valiente puede dar la muerte,
Y al más muerto la vida dar podía.
Entran al cuarto, que, aunque obscuro estaba,
Con sus dos bellos soles lo alumbraba.

Cruel batalla ¡oh Cínaras prudente!
Es fuerza que en tu pecho se remueva:
Amor te desafía diligente,
Con dulces armas y con treta nueva.
Cualquiera capitán, aún más valiente
Que tú, excusara tan terrible prueba;
Terrible es la batalla, el campo estrecho,
Grave el peligro, y desusado el hecho.

Van temerosas, porque el gran pecado
No concedía al gusto franca entrada;
Ya al último aposento habían llegado,
Venidas á la puerta deseada;
Observan todo ruido con cuidado,
Y, estando ya la sala bien mirada,
El pie débil suspende; ya ligera
Baja la planta, y no la asienta entera.

Comienza á entrar turbada al aposento,
Que apenas se conoce si camina;
Llégase temerosa, y sin aliento,
Adonde se divide la cortina;
Alinda, entonces, guía de su intento,
Viéndola ya del lecho tan vecina,
Con disimulación al Rey le dice:
«Ya cumplo la promesa que te hice.»

Mirra, que en todo ya excedía á la nieve,
No forma voz ni algún acento exprime;
Á respirar, turbada, no se atreve;
Si comienza un suspiro, lo reprime;
Deseo ardiente á su intención la mueve,
Cuando el temor helado la reprime,
Y, padeciendo entre contrarias penas,
Es fuego el corazón, yelo las venas.

Y, porque más la turbación la ataje,
Al padre vió, que ya la está esperando;
Y apenas con la vista el cortinaje
Pasó temiendo y penetró dudando,
Cuando, asombrada de su injusto ultraje,
Se arrepintió de hecho tan nefando:
No sabe si es verdad lo que ha mirado,
Pues, buscando un galán, un padre ha hallado.

Juzga la gran maldad que ha cometido;
Ya se arrepiente de tan gran locura;
Desea habitar el reino del olvido,
Y, muriendo, acortar su desventura;
Mas habiéndola el ama reducido
Diciéndole que goce su ventura,
Al padre la entregó; donde, gozada,
Por desdicha mayor, quedó preñada.

Continüaba Mirra su venida
Todas las noches, ya contenta y quieta;
Que la vergüenza, viéndose perdida,
No pudo estar á tal maldad sujeta;
Mas la desdicha estaba prevenida:
Que tiene el gusto terminada meta,
Y siempre viene junto con los males,
Compañeros eternos y leales.

El Rey, que, con el gusto, enamorado
Se había de la dama que gozaba,
Estaba con grandísimo cuidado
De conocer quién era á quien trataba,
Porque siempre que atento la ha escuchado,
Á Mirra parecía que escuchaba;
Vive dudoso; y, por desengañarse,
Con sutil traza quiso asegurarse.

Hace poner oculta en un retrete
Una luz, porque pueda cuando venga,
Aunque él seguridades le promete,
Verla, sin que remedio alguno tenga;
Y, porque algún temor no la inquïete,
Hace que gran silencio se prevenga,
Porque piensa cogerla descuidada,
Y conocer verdad tan deseada.

Ya á Febo el Oceano había escondido,
Que á los caballos celestial cebada
Da, y el ardiente pelo humedecido
Lava con agua clara, aunque salada,
Y limpia el carro de oro sumergido;
Ya la tierra está triste y sosegada,
Cuando Mirra venía á lo ordinario,
Sin miedo de temer succeso vario.

Cortés, fino galán enamorado,
El Rey la recibió con pecho doble
Y, habiendo un largo rato razonado,
Hizo una acción injusta y no de noble;
Pues abriendo el retrete retirado,
Vió con la luz quien alumbraba al doble:
Ambos á dos perdieron los sentidos,
Turbados, temerosos y rendidos.

Comienza el Rey diciéndole: «Enemiga,
Antes te amaba yo, pero no ahora;
No sé en tan gran delito lo que diga,
Pues en él me aborrece quien me adora.
¿Quién creyera que amor á tanto obliga,
Que tiene por esclava tal señora,
Y quién dijera que manchar habías
La virtud y nobleza que tenías?

»¿Dónde, rompiendo el freno y la cadena
De 'sangre y castidad, por los errores
Corres precipitada? Enfrena, enfrena
Tan injustos y bárbaros furores,
Y la locura que te desordena
Vuelve á más justo objecto para amores.
Quien puede por divina conocerse,
¿Con su valor no ha de poder vencerse?»

Con tan dulces y frívolas razones
Hablaba el padre, que tenía en el pecho
Tristes porfías, duras confusiones.
Sigue al amor el paternal derecho,
Que estorba siempre en tales ocasiones,
Y el valor sigue el peligroso estrecho
Del honor, con que está tan vacilante,
Que no asiste color en su semblante.

De mayor confusión está cercada
La hija infeliz: del padre desdichado
Teme, si huye, que será alcanzada;
Duda, si espera al Rey, que está enojado,
De quedar con la vida deseada;
Y la vergüenza el pecho le ha ocupado
De suerte, que ha quedado, en esta duda,
Cual piedra, inmóvil; cual estatua, muda.

Cinaras, que en su mente consultaba
Qué medio tomaría en dudas tales,
Eligió el que la cólera dictaba,
Nacida de valor en graves males:
La espada toma, y con fiereza brava
La desenvaina, y llega á los umbrales
Del lecho que á la hija encubre y tapa;
Ella huye; él la sigue; al fin, se escapa.

Sale confuso hasta el zaguán corriendo,
Sin poder alcanzar á quien desea:
Que el movimiento de quien va huyendo
Es más veloz que el de la luz febea;
Vuélvese triste y de dolor gimiendo,
Y, porque nadie su desdicha vea,
Cuando se publicó como faltaba,
Á todos dió á entender que lo ignoraba.

FIN DEL CANTO SEGUNDO

CANTO TERCERO

En tanto, Mirra, errante y fugitiva,
En lágrimas se baña suspirando;
Y, lejos de su vida, apenas viva,
Noche y día pasó, siempre vagando;
Sufre la sed y del comer se priva;
Naturales afectos va olvidando;
Sólo en su padre piensa, y su venida,
Y el pensamiento sirve de comida.

Á sí se teme, y de su obscura sombra
El temor es lo más que la molesta;
Cada átomo parece que la nombra,
Y vuelve el rostro, aunque medroso, presta:
Cual tímido caballo que se asombra
Si oye leve ruído en la floresta,
Así va temerosa; y cuando acaso
Siente cualquier rumor, suspende el paso.

Ya del Sol los caballos comenzaban
Á inclinar al ocaso rubias frentes,
Y á ocuparse los valles empezaban
Con sombras de los montes eminentes,
Y entre aquellos horrores se escuchaban
Con mayor claridad sonar las fuentes;
Recogíase todo pajarillo,
Y al ruiseñor succede el ronco grillo.

Con triste voz, de lágrimas bañada,
Mirra se queja del dolor que siente,
Como suele, con cuita regalada,
Cantar en árbol ruiseñor doliente;
La que cuevas habita enamorada,
Que invisible responde dulcemente,
Mientras con aflicción, triste, lloraba,
Por piedad le replica en lo que acaba.

No la deja cerrar los tiernos ojos
El feroz escuadrón de los cuidados;
Ya la triste memoria le da enojos
Del mal presente y bienes ya pasados;
Son sus sentidos del amor despojos;
Y, aunque los pies de andar están cansados,
Por hallar á su mal algún consuelo,
Desprecia el sueño y usa del desvelo.

Mas, del grande trabajo enflaquecida,
Y el débil cuerpo en caminar cansado,
Por sustentar la siempre amada vida,
Es fuerza que, vencido y fatigado,
Obedezca la ley establecida
Y se entregue al descanso deseado;
Y ya, aunque mil defensas le previene,
No se excusa del sueño que la tiene.

Mientras duerme, la cerca y la rodea
Tropa de bandoleros y ladrones,
Gente atrevida y en costumbres fea;
Llegan á treinta, en breves escuadrones;
Parte en las piedras su fiereza emplea,
Otros usan torcidos espadones,
Y el más desprevenido y desarmado
Va de instrumentos bélicos armado.

En armas y en armarse hay varias suertes:
Tienen cotas de malla con corazas,
Corvos alfanjes, si pequeños, fuertes,
De morriones y petos varias trazas,
Palos con puntas que amenazan muertes,
Largos montantes y pesadas mazas,
El corto chuzo, con la pica larga,
Espada al lado, y en el brazo adarga.

Feroz el capitán marcha delante
Que rige con razón tal compañía;
Llámase Malagor, que ya triunfante
En más dura batalla fué algún día;
Nació en Rodas, mayor que su gigante,
Y, siendo mozo, guerra cruel seguía,
Y, haciendo á sus costumbres vituperio,
Se entregó á tan indigno ministerio.

Negra la barba y sin cuidado alguno,
Y los ojos hundidos con exceso;
Dedo en la mano izquierda no hay ninguno,
Y tiene en la nariz tronchado el hueso;
Gran amigo del vino, y de el ayuno
Enemigo mortal; y, así, es tan grueso,
Que el grande escudo no puede ocultallo,
Ni su peso sufrir ningún caballo.

Tiene en la diestra cortadora espada,
Y en la izquierda de cuero una rodela;
Una boca de lobo en la celada,
Para el temor segura centinela,
Que, mostrando la cara bien armada,
Ferocidad ostenta con cautela;
Las orejas están arriba enhiestas,
Que, en lugar de cimera, le hacen crestas.

Llegados, pues, á Mirra, que rendida
Al blando sueño estaba, y el ruído
La medio despertó de la venida,
Miróla Malagor, y, suspendido,
Halló deidad que le quitó la vida,
Olvidando su extático sentido;
Mas sonando las armas, sin tocalla,
El ruído acabó de dispertalla.

No se espantó, que no temía la muerte,
Mirando gente tan feroz y cruda:
«Llegáos—les dijo—y con la extrema suerte
Mi desdicha acabad; no pongáis duda.»
Y el Capitán, de amor tierno, aunque fuerte,
Porque no tema, envaina la desnuda
Espada; haciendo que se levantase,
Á un soldado mandó que la llevase.

Por un camino entraron tan escaso,
Que apenas el humano pie consiente,
Y al plan llegaron de un pequeño raso
Á quien altas encinas hacen frente;
Tiene encima una torre, á quien da paso,
Con dos cadenas, un angosto puente;
Sírvele á este ladrón de guarda y nido,
Difícil de ganar, por lo escondido.

Está de compañeros en la torre
Numerosa familia aposentada,
Que cuida de la casa y los socorre,
Á sus comodidades dedicada.
En viéndolos venir, cada una corre
Y busca á aquel con quien está casada;
Y viendo el Capitán con Mirra bella,
Dícenle «Fuerte» á él, «Hermosa» á ella.

Y el Capitán les dice: «Compañeros,
Desde que habito esta áspera montaña
No he dejado de amaros y quereros,
Cuanto mi trato á todos desengaña;
Siempre lo que tuviere he de ofreceros,
Y no es para vosotros cosa extraña,
Pues, como debo á compañeros tales,
De cualquier cosa os di partes iguales;

»Porque cuando elegí tal vida, y cuando
No quise obedecer á la justicia,
No tanto á andar así peregrinando
Me movió del dinero la cudicia,
Cuanto por dar con hecho memorando
De mi heroico valor clara noticia,
Y por poder vengarme de traidores,
Que de envidiosos son competidores.

»Si es que no soy de tal merced indigno,
Por cortesía os pido aquesta dama;
Y, aunque con el poder de que fuí digno
Me pudiera aplicar la que me inflama,
No quiera el Cielo tuerza mi camino,
Aunque no apague de mi amor la llama:
Vosotros me la dais, si yo la adquiero;
Que de otra suerte su beldad no espero.»

Todos de un mismo voto consintieron
(Que es grande obligación la cortesía),
Y el Capitán, después que se la dieron,
Volviéndose hacia ella, le decía
Que le contase cómo la trajeron
Sus hados á la parte en que se vía.
Ella, que ocultar quiere sus intentos,
Encubre con el llanto los accentos.

Díjole que su nombre era Licasta,
Hija del vago y peregrino Alfeo;
Que frecuentaba con la Diosa casta
Las selvas de Partenio y de Liceo;
Que á Delos iba, cuando la contrasta
Borrasca grande del profundo Egeo,
Que, con furia cruel, la había arrojado
Á la playa donde él la había hallado.

Luego la entriega para que la guarde
Á Filora, que á Venus da desvelo,
Y á Filauro, su hermano, que ya arde
En las llamas de amor, y, con recelo,
Ya la mira atrevido, ya cobarde,
Hallando sólo en verla su consuelo;
Que, no pudiendo desatar razones,
Con la vista imitaba á los ladrones.

Ladrones son los ojos, que, atrevidos,
En campañas de amor andan robando,
Y por tener sus hurtos ascondidos,
Al tierno corazón los van llevando:
Después que allí los tienen recogidos,
Con ellos el amor se va aumentando,
Y en dos partes dividen los despojos,
Dando una al corazón, otra á los ojos.

Mientras con señas, como el amor suele,
Intenta el joven descubrir su herida,
No es menester que mucho se desvele;
Que presto su afición fué conocida;
Y viendo que es amor, Mirra se duele
De ver al mozo, por amor, sin vida,
Y con mirarlo un poco lo sustenta:
Porque el favor, aunque fingido, alienta.

Hablar quería; mas rompió su acento
Furia impensada de cruel tumulto,
Con ruido de armas, que ocupaba el viento;
Oíase sonar rumor oculto:
Confuso entre temor y atrevimiento,
Todo se turba al repentino insulto,
Cuando sin respirar ya, de cansado,
Hacia ellos viene un hombre alborotado,

Diciendo: «Mucha gente armada asalta
Con terrible violencia nuestro muro,
Que el verde prado con la sangre esmalta,
Y el claro cielo ya se muestra obscuro;
Ya la luz del dorado sol nos falta;
Ninguno en este puesto está seguro.
Ya Malagor lo sabe, y presto corre
Con gente armada á defender la torre.

»Mas, viendo rota ya la puerta, «Ahora,
—Dijo—conserve cada cual su vida;
Sólo á mí me conviene, pues ya es hora,
Dar á mi dulce amor buena salida.»
Así habló, llevándose á Filora
De la una mano fuertemente asida;
Ella llora y da voces, hasta tanto
Que el temor puso freno al tierno llanto.

Filauro, en quien, por ser de pocos años,
Aún no había las fuerzas suficientes,
Y en tanta confusión y tales daños
Sin las armas se hallaba convenientes,
Mirando del ladrón fieros engaños,
No hallando cura á tales accidentes,
Va siguiendo, y llorando, á la doncella
Y al que le priva de su prenda bella,

Cual triste Progne que culebra ingrata
Ve que hijos le lleva, rompe el nido,
Y á las tejidas pajas le desata,
Con canto llora tierno y afligido,
Detiénela el temor, mas la arrebata
El amor del hijuelo ya crecido,
Y con piadosa voz, aunque doliente,
Hiere el oído á quien piedad no siente.

Entonces Mirra, viendo su fortuna,
Que entre tantos trabajos la ayudaba,
Pues la dejaron sin prisión alguna,
Y sola, que era lo que deseaba,
No se detuvo en suspensión ninguna,
Y á una ventana fué, que abierta estaba,
Y á ella se asomó, y la llama ardiente
Vió que abrasaba el ya ganado puente.

Habían puesto hacia aquella parte
Del foso que cae enfrente de la puerta,
En la estrada encubierta donde parte
Una cuesta que al foso baja abierta,
Terrible fuego, en que Vulcano y Marte
Dieron del gran poder noticia cierta:
Ardía la torre, y lo que habían robado
El fuego les robaba arrebatado.

Sube el fuego entre humo por el cielo,
Y confusas se muestran las estrellas;
Y, rompiendo del aire el turbio velo,
Desvanécese él, y lucen ellas:
Cintia, por resistir, junta su yelo,
Y de temor se huyen las estrellas;
Que aquélla teme entonces abrasarse,
Y éstas con semejante ardor secarse.

Quién pega fuego, con clemencia poca;
Quién de la orilla al foso se ha caído;
Otro del hierro que á su espalda toca
Huye, y muere quemado, ó sumergido:
De la ventana, de la excelsa roca
Descubre Mirra bien aun lo escondido;
Todo lo ve sin confusión alguna:
Que lo aclara el incendio con la luna.

Los dorados cabellos feminiles,
Cuya madeja al suelo le desciende,
Ha desatado, y con tiseras viles
Cortó el oro que más que el sol esplende,
Y de las hebras largas y sutiles
Hace una trenza, que después extiende
Y, atándola al balcón, bajó ligera
Por la dorada y fúlgida escalera.

Y apenas descindió, cuando el ruido
Oyó que se acercaba por un valle,
Y, habiendo que era de armas conocido,
Las espaldas volvió por no esperalle;
Y después, cuidadosa, se ha metido
Por una estrecha cuanto inculta calle,
Por donde su camino comenzaba
Mientras el pelear lugar le daba.

Entretanto hacían los soldados
De la torre valiente resistencia,
Porque todos estaban enseñados
Á subir y bajar por la eminencia
De los duros peñascos levantados;
Mas después conocieron la violencia
De los otros, que ya subido habían
Y no tiraban golpe que no herían.

El capitán Organte alza la espada,
Que topó en la cabeza, más vecina,
De Armonte, y con la fiera cuchillada
El cuerpo baja y la cerviz inclina:
La diestra mano fué también cortada,
Que un golpe suyo todo lo arruina;
Y con un medio tajo, al mismo instante,
Por la cintura cercenó á Mimante.

Morrión y cabeza le ha cortado
Á Tricoso, que allí acabó la vida;
Á Dragón por la espalda atravesado,
Abriendo puerta al alma con la herida;
Y habiendo el hierro diestramente alzado,
Con furia extraña vino á la caída,
Y dando á Brico en la celada dura,
De la cabeza le abre á la cintura.

Amilo, un bello mozo de Soría,
La torre defendía peleando;
La juventud sin armas le traía,
Con el arco y saetas derribando
Al que contra la torre se oponía;
Era el mejor soldado de su bando:
Melanto era su amigo verdadero,
Y en el mayor peligro compañero.

Aqueste mozo, pues, que atrevimiento
Le daba del peligro la ignorancia,
Viendo de Organte el pelear sangriento,
Saeta le tiró con arrogancia:
No le acertó; mas bien su poco tiento
La merecida recobró ganancia,
Pues, dando Organte un salto, alzó la mano,
Y murió presto, aunque le dió de llano.

Su querido Melanto, viendo el hecho,
Arde en llamas de amor y fuego de ira;
Aquél mueve á piedad su tierno pecho,
Y éste á venganza el corazón le tira;
Y mientras duda, de furor deshecho,
Ya busca la venganza, y ya suspira,
De Organte llega la cuchilla cruda,
Sacándolo del mundo y de la duda.

¿Quién podrá describir la rabia insana
De aquel fiero prodigio de natura?
No bastara á pintallo pluma humana,
Que es monstruo en fuerza, torre en estatura;
Fuego respira, y de la boca mana
Humo mezclado con espuma obscura;
Nadie lo mira, porque muere en vello;
Que es furia, es llama, es rayo su resuello.

Como Bóreas cruel, parte soplando
Y arrojando de sangre lluvias prestas;
Óyense voces por do va pasando;
Brazos graniza por aquellas cuestas;
Truena con gritos, y fulmina obrando:
Son sus rayos, en fin, muertes funestas;
Ya brama, gime, sopla, bufa, espira,
Etna de enojo y torbellino de ira.

Entre el mar de la sangre se levanta
Del cuerpo del gigante una isla viva,
Velo Volpino, y el temor lo espanta
De suerte que volvió la cara altiva,
Y con veloz carrera se adelanta;
Síguelo Organte, y porque se aperciba
Le dice, amenazándolo con veras:
«Malo si huyes, y peor si esperas.»

Por lo más montuoso va ligero
Adonde el escuadrón está formado,
Volpino, temeroso; mas el fiero
Organte lo alcanzó con rostro airado:
Cayó sobre él, y el ladroncillo artero,
Viéndose de vivir desesperado,
Con las ansias, sacó un puñal pequeño,
Y á Organte sepultó en eterno sueño.

Tal fué deste cruel la adversa suerte;
Mas ya tan grande estrago tenía hecho,
Que de los suyos fué ocupado el fuerte,
Siendo la resistencia sin provecho:
Á Malagor también llegó la muerte,
Que sobre todos tiene igual derecho:
Echaron de la torre á los ladrones,
Aunque rotos entrambos escuadrones.

Mirra huyó aquella noche, y ya cansada
Del grave peso que en el vientre lleva,
Un poco se sentó, cuando, rosada,
Se asoma por Oriente la luz nueva:
Ya las puertas de la húmida posada
Se abren, y ya el día se renueva,
Y aunque el sol con su luz la noche asombra,
Áun quedan las reliquias de la sombra.

Ya del vecino parto los dolores
Tanto la aprietan, que á morir la obligan,
Diciendo: «Dioses, sedme valedores;
Pues que queréis que sus pecados digan
Con humildad los tristes pecadores,
Yo los confieso, y porque no maldigan
Los vivos juventud tan mal perdida,
Os pido me privéis de aquesta vida.

»Pero no me matéis: que podré, muerta,
Inficionar las penas infernales;
El mismo infierno cerrará la puerta;
Que son nuevos allá pecados tales.
Mudad mi forma en otra forma incierta,
Que plantas hay, si faltan animales;
En cualquier árbol quiero transformarme,
Pues no es justo que viva, ni matarme.»

Los dioses á sus ruegos se movieron,
Y los pies en la tierra le hincaron,
Y en torcidas raíces los volvieron;
Los brazos en las ramas se mudaron,
Y de su blanco cuerpo tronco hicieron,
Y *cinamomo* al árbol le llamaron;
Y porque á todos de escarmiento sea,
Consienten que llorar siempre se vea.

Á Juno envían para que la ayude
Y saque de su tronco el tierno infante:
Lucina al punto con presteza acude,
Y, abriendo el árbol, en un breve instante
Al niño saca, que ha de ser quien mude
Á Venus muchas veces el semblante;
Y porque le ha de dar grave tormento,
Con náyades celebra el nacimiento.

FIN DE LA FÁBULA DE MIRRA

IMPRIMATUR

Felix Tab. Vicar. General.

M. Fr. Dominicus Grauina Ordinis Præd. Cur. Archiep. Theolog.



REIMPRIMIÓSE EN SEVILLA
*á expensas del Excmo. Sr. Marqués de Jerez
de los Caballeros.
Acabóse á 25 días del mes de Mayo,
año de Nuestro Señor Jesucristo
de 1901.*


E R
HISPALIS

